

Imperio y república frente a la ruptura de la Cristiandad

Jan Kieniewicz

OBTA, Varsovia

El objetivo de mi intervención es el de llamar la atención sobre una singular forma de reacción de dos países europeos que consolidaron su identidad nacional en la temprana Edad Moderna, frente a la quiebra de la Cristiandad. En ambos casos, aquella reacción fue una propuesta de estos países sobre cómo crear Europa. Me refiero a la *Rzeczpospolita* polaco-lituana y el *Imperium* hispano ¹.

Podemos decir que la ruptura en la comunidad cristiana del oeste se produjo después de Mühlberg, o sea, a partir del momento en que el triunfo militar del Emperador resultó inerte frente a la ruptura que había de prevenir ². Desde hacía treinta años los acontecimientos que constituyeron la llamada Reforma se sucedían a una velocidad vertiginosa y parecían cambiar la realidad más que cualquier otra cosa. Hasta entonces Europa era Cristiandad; a partir de aquel momento empezó a existir independientemente ³. La Cristiandad se rompió como una cáscara de un huevo en que había nacido un ser nuevo. Después de varios siglos de ser identificada con el cristianismo romano, Europa empezaba a existir independientemente, en variables configuraciones con la realidad en que había nacido. De momento, sin romper los lazos existentes, pero inaugurando lazos nuevos, a veces muy enredados. De todos modos, la nueva época fue reconocida una época europea, porque desde aquella perspectiva el Mundo seguía siendo una proyección de la civilización europea.

Es obvio que frente a estos fenómenos: quiebra de la Cristiandad «del oeste», aparición de Europa como fórmula para definir la identidad de la civilización, expansión

¹ De aquí en adelante voy a usar las denominaciones originales, en polaco o en latín, para poder reflejar mejor la unión entre *Corona Regni Poloniae* y *Magnum Ducatum Lithuaniae*.

² ELLIOT, J. H., *La España imperial 1469-1716*, Barcelona, 1996, p. 223.

³ Esta opinión, bastante obvia, no equivale a la aceptación de interpretaciones que atribuyen a Europa el papel de una idea que sustituya la cristiandad asimilando su chauvinismo y xenofobia. Estas interpretaciones llevan a una identificación de Europa con el fascismo y antisemitismo, véase, por ejemplo, DELANTY, G., *Inventing Europe. Idea, Identity, Reality*, London, 1995. Tampoco comparto la visión despectiva de FONTANA, J., *Europa ante el espejo*, Barcelona, 1994.

ultramarina que divulgaba en el Mundo Nuevo y Antiguo tanto el cristianismo como las formas europeas de gobernar, tenían que producirse modificaciones radicales en las formas tradicionales de gobernar como la república y el imperio.

Lo que me llamó la atención fue la simultaneidad de estos dos fenómenos. Por una parte, Europa empezó a dividirse y diferenciarse de manera y a una velocidad antes desconocidas. Simultáneamente, se perseguía la unidad, nacían proyectos de grandes Estados que aspiraban a la hegemonía. El traslado de la división entre Este y Oeste a Europa fue el primer paso para un cambio radical en la identidad de la civilización⁴. Desde la perspectiva lejana del 500 aniversario, podemos preguntarnos si aquel traslado suponía también una división de Europa en un Centro y una Periferia. ¿Había en la Europa de la primera mitad del siglo XVI gérmenes de la futura reducción de Europa a lo que entonces empezó a denominarse Oeste? Por otra parte, se da entonces una ampliación del Mundo, tanto en el este como en el oeste, de manera inusitada en el historia europea. No obstante, en este proceso resultó que la civilización no se podía ampliar libremente. Antes de que llegara el fin del tiempo de Carlos V, Europa se familiarizó con su Mundo y comenzó a definir sus fronteras frente a otras civilizaciones. En ambos fenómenos el cristianismo desempeñó un papel primordial. Dejando de ser solamente el cristianismo occidental o romano, entrando en un conflicto cada vez más violento, se transformaba poco a poco en un cristianismo europeo. Aquel cambio, de la Europa cristiana a la Cristiandad europea, parece un elemento fundamental de la Edad Moderna. En este sentido, la experiencia del *imperium* y la de la *Rzeczpospolita* pueden considerarse una respuesta al desafío europeo.

En pocas palabras, ¿es que el proyecto de la *Rzeczpospolita* conllevó, o fortaleció, la división de Europa en un Este periférico y un Oeste central? ¿O acaso el intento de crear Europa en el este fuese una idea razonable, pero malograda y perdida a favor de Rusia?⁵ Análogicamente, España como imperio era un proyecto europeo, pero contrario al resto de Europa⁶. En consecuencia, era un proyecto rechazado por Europa. La Edad Moderna puede ser considerada no solamente como una época en que se divisaba una desunión. Era un período en que aparecieron soluciones alternativas para restablecer la unidad.

En este sentido, la Edad Moderna es una nueva forma de definir y expresar la comunidad de civilización. Polonia y España crearon sus respectivos proyectos de cómo expresar esa comunidad en condiciones de un país limítrofe⁷. Querría reflexionar sobre

⁴ MALOWIST, M., *Wschód a Zachód Europy w XIII-XVI wieku. Konfrontacja struktur społeczno-gospodarczych*, Warszawa, 1973.

⁵ KIENIEWICZ, J., «Czy Europa Wschodnia jest możliwa?», *Arcana*, Kraków, 1999, núm. 29, pp. 54-67.

⁶ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., «España como imperio (visión y perspectiva histórica)», en *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid, 1998, p. 155.

⁷ MALOWIST, M., «Europe de l'Est et les pays ibériques. Analogies et contrastes», en *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, vol. 1, Barcelona, 1965, pp. 85-93, indicó la posibilidad de una nueva interpretación de las analogías en el desarrollo de los países vinculados con la expansión y de las diferencias principales en soluciones

la siguiente cuestión: ¿hasta qué medida las formas de régimen de ambos países eran una reacción al proceso de la quiebra de la cristiandad y el del nacimiento de Europa? De una Europa ya dividida y una Europa que todavía estaba dividiéndose, a medida que su expansión iba garantizándole una dominación mundial. El imperio hispano lo considero una reacción a este nuevo desafío, ya que durante varias generaciones el imperio definió el lugar de España en Europa, como también su actitud frente a la Cristiandad quebrantada. Eran factores del mismo valor que la tradición castellana, aragonesa o la de la conquista⁸. Querría hablar del mismo modo sobre la *Rzeczpospolita*. En aquellos tiempos, la *respublica* significaba todavía un estado en general, así como el *imperium* se refería a una idea generalizada del gobierno. Sin embargo, yo me refiero a la única creación política: *Respublica Polonorum*, conocida por aquel entonces también como *Regnum Poloniae*. Mientras la cuestión de evolución del concepto de imperio, en una realidad concreta de la primera mitad del siglo XVI, es un constante objeto de interés para los investigadores, no hay intentos de someter a una interpretación semejante el concepto de la *Rzeczpospolita*. Los que perciben lo original del proyecto polaco de régimen lo más que hacen es incluirlo dentro de soluciones europeas⁹. Muchas veces, el tratar a la *Rzeczpospolita* como un modelo equivalente se trata como un síntoma de la megalomanía de los polacos, mientras que en realidad era un proyecto de respuesta a los mismos retos pero enraizado en una tradición distinta no sólo polaca, sino también lituano-rusa.

Tal limitación puede ser cuestionada. El reinado de Carlos V era sin duda un intento de crear una construcción europea¹⁰. El imperio había de prevenir las consecuencias de la quiebra de la Cristiandad, o sea, restablecer la unidad perdida. Pero la política imperial de Carlos V ¿daba realmente cimientos para una nueva unidad política de Europa? El imperio «europeo» tenía todas las características de la utopía enraizada en el concepto del Estado del Medievo, mientras que el imperio hispano —el imperio

de régimen que esos países adoptaron. El visible pesimismo de sus reflexiones se vinculaba tanto con el estado de investigaciones de aquel tiempo, como con las circunstancias que configuraron aquella época. Manuel Fernández Álvarez es de la misma opinión, que la España imperial es una nación-frontera, *op. cit.*, p. 153. Véase ROJAS, R., «España, frontera de la modernidad», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie IV, Historia Moderna, 5 (1992), pp. 37-50.

⁸ BELENGUER CEBRIÀ, E., «La monarquía hispánica vista desde la Corona de Aragón», *Estudis*, 20 (1994), pp. 57-82.

⁹ MAĆZAK, A., *Der Staat als Unternehmen. Adel und Amtsträger in Polen und Europa in der Neuzeit*, München, 1989.

¹⁰ No incluyo en mis reflexiones la cuestión del *imperio universal*, véase FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., «Imperio de por sí: la reformulación del poder universal en la temprana Edad Moderna», en *Estructuras y formas del poder en la historia*, Salamanca, 1991, pp. 143-155. Véase también PAGDEN, A., *Señores de todo el mundo. Ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*, Barcelona, 1997, pp. 45-61.

«mundial»— se basaba en los proyectos nacionales ¹¹. Diría yo que el emperador Carlos influyó decididamente en la creación de Estados nacionales en Europa. El interés de la Casa de los Habsburgos era solamente uno de los aspectos del proceder de Carlos V y Felipe II ¹². No quiero ocuparme, sin embargo, de soluciones reales o supuestas en la escala europea. Quiero mostrar la reacción a la quiebra de la Cristiandad en el mundo de países limítrofes. Evidentemente, me estoy refiriendo a las tesis presentadas hace dos años con la ocasión del 400 aniversario de la muerte de Felipe II, y la *Rzeczpospolita* la voy a tratar como una forma de integración europea que fue vinculada con el fenómeno de la expansión ¹³.

No tengo la intención de hacer referencia a la costumbre de representaciones paralelas que ya he tratado varias veces. Más bien quiero hablar de lo que fue la reacción de Polonia frente al hecho evidente de la quiebra de la Cristiandad, es decir, de la formación de la *Rzeczpospolita*. Mi propósito es tratar de ver en la evolución de su régimen un intento de hacer frente a Europa. La *Rzeczpospolita* era un proyecto para Polonia, así como el *imperium* era un proyecto para España.

La Polonia de la primera mitad del siglo XVI parece muy ajena al concepto de someter la estructura política del Estado a la idea de la unidad entre cristianos. La naturaleza de la comunidad estatal de los polacos desde hacía mucho tiempo asumía la coexistencia de cristianos de varias confesiones. Lo digo en plural, porque en el período anterior a la Reforma, los habitantes del Reino Polaco y del Gran Ducado de Lituania eran no sólo cristianos ortodoxos, sino también cristianos de otros ritos orientales. Además, eran no sólo habitantes, sino ciudadanos. El proyecto político polaco se apoyaba en el principio de libertad de la nación, o sea la nobleza, para elegir y confesar una religión. La escisión entre cristianos romanos, por más indignante que fuese, no requería ningún cambio drástico de opinión en lo tocante a lo que unía o lo que excluía de una comunidad estatal que poco a poco iba transformándose en una comunidad nacional. Más aún, la confrontación militar con el mundo islámico, que duraba ya varias generaciones, tampoco excluía la aceptación de una comunidad religiosa totalmente distinta. Los tártaros lituanos pasaron por las mismas transformaciones de adaptación que la población rutena y lograron conservar su fe durante varias generaciones, a veces hasta la época contemporánea. Análogicamente, hay que subrayar que la coexistencia secular con la comu-

¹¹ MENÉNDEZ PIDAL, R., *Idea Imperial de Carlos V*, Madrid, 1963. Véase PHELAN, J. L., «El imperio cristiano de Las Casas, el imperio español de Sepúlveda y el imperio milenario de Mendieta», *Revista del Occidente*, núm. 141 (1974), pp. 292-310.

¹² RUIZ MARTÍN, F., *Carlos V y la Confederación Polaco-Lituana*, Madrid, 1954. Sobre los aspectos diplomáticos véase SKOWRON, R., *Dyplomaci polscy w Hiszpanii w XVI y XVII wieku*, Kraków, 1997, y WJACZKA, J., *Stosunki dyplomatyczne Polski z Rzeszą Niemiecką w czasach panowania cesarza Karola V (1519-1556)*, Kielce, 1998.

¹³ KIENIEWICZ, J., «Ejes de integración, fronteras y divisiones de Sarmatia europea», en *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica*, Madrid, 1998, I/1, pp. 451-462. Compárese KIENIEWICZ, J., «Libertad, propiedad y poder del Estado en el centro y oriente de la Europa moderna», en *Estructuras...*, op. cit., pp. 89-103.

nidad judía generó en los polacos una aptitud visible para aceptar cualquier diferencia religiosa o cultural. Recordemos los porcentajes: en el siglo XVI, en Polonia la nobleza constituía casi el 8 por 100 de la población, lo que significa el acceso a la vida pública más alto que en cualquier otro lugar hasta el siglo XIX. Se estima que al principio de la Edad Moderna, las comunidades judías, cuya vida era regulada por un estatuto real ya desde 1343, constituían cerca del 5 por 100 de la población total.

En el Reino de Polonia, la idea de la tolerancia no se practicaba de una manera particular, pero el respeto hacia los demás y el principio de libertad de los ciudadanos se marcaban ya en el pensamiento legal y en la práctica política del siglo XV. La limitación de estos principios a un determinado estado, la nobleza, es un lado de la cuestión ¹⁴. El otro lo constituía una práctica vinculada con la ampliación de la gobernación, después de la unión con Lituania (1385, 1413 y 1501), a una gente mucho más diversificada. Simultáneamente a la confirmación (1433) del edicto que ordenaba a las autoridades civiles la persecución de herejes en la *Corona Regni Poloniae*, en el Gran Ducado de Lituania se garantizaba la igualdad de derechos a ortodoxos y católicos (1434). De ahí que podamos decir que en la Polonia del siglo XVI existía una práctica de visibles divisiones que hacía que distintas comunidades de fieles vivieran una al lado de otra, pero no, una con otra. No obstante, al mismo tiempo la nobleza, en defensa de sus derechos, se oponía no sólo a intentos de introducir la regla *cuius regio eius religio*, sino también a la injerencia de la Iglesia católica en cuestiones religiosas de los estados llanos ¹⁵. Bien que el rey Segismundo Augusto publicó edictos en contra de los heterodoxos (1550), al mismo tiempo la dieta limitó la jurisdicción civil de tribunales eclesiásticos (1552, 1563). Este monarca, el que durante mucho tiempo se esforzaba por garantizar un fuerte poder del rey, era también famoso por haber pronunciado las palabras «no soy el rey de vuestras conciencias» ¹⁶.

Por lo general, se dice que la causa de aquella situación fue la convicción dominante de que las libertades de la nobleza eran superiores. Entre ellas, la principal concedía a la nobleza el derecho a la elección *viritim* —en vigor ya a partir de 1530—, o sea, una elección a la cual podía acudir cada noble ¹⁷. Así, el voto libre aseguraba la libertad... Ni el monarca, ni la Iglesia católica cuestionaron aquella convicción. La *Rzeczpospolita*

¹⁴ Véase Roos, H., «Ständewesen und parlamentarische Verfassung in Polen (1505-1772)», en GERHARD, D. (ed.), *Ständische Vertretungen in Europa im 17. und 18. Jahrhundert*, Göttingen, 1969, pp. 310-367.

¹⁵ De otra manera lo presenta RUGGIERI, F., en «Opisanie Polski (1565)», en *Relacye nuncyuszów apostolskich i innych osób o Polsce od roku 1548 do 1690*, tomo 1, Berlín-Poznań, 1864, p. 160. La práctica de la tolerancia era limitada e inconsecuente, pero distinguía a Polonia en siglo XVI; véase TAZBIR, J., «La tolérance religieuse en Pologne aux XVII^e et XVIII^e siècles», en *La Pologne au XVII^e*, Congres International des Sciences Historiques à Vienne, Warszawa, 1965, pp. 31-48. Por otro lado compárese KAMEN, H., «Toleration and Dissent in Sixteenth-Century Spain: The Alternative Tradition», *The Sixteenth Century Journal*, 19 (1988), pp. 3-23.

¹⁶ El rey Segismundo a los diputados a la Dieta de Piotrków en 1555.

¹⁷ «Reges primo viritim eligimus, neque quisquam nostrum imperium agnoscit, cui non ipse in se imperium dederit, vel cum maior pars aliu melegerit, suffragium tamen de eo tulerit», *Reinholdi Heidensteini secretarii*

crecía como un estado de la nación de nobles, que fundaba sus lazos políticos y nacionales en la convicción de poseer un derecho singular a la libertad. Para el país compuesto de terrenos de tradiciones muy diferenciadas y de gente de varias etnias, la unidad la garantizaba el sistema jurídico. Para los habitantes de la *Corona Regni Poloniae* y del Gran Ducado de Lituania, la religión era un factor de identificación natural, pero de importancia secundaria. Por lo tanto, el proceso polaco era totalmente diferente al proceso español. La Unión de Lublin de 1569 garantizaba el lugar privilegiado para la religión católica, pero no discriminaba otros cultos. El Acuerdo de Sandomierz (1570) y la Confederación de Varsovia (el 28 de enero de 1573) elaboraron modelos de acuerdos que garantizaban la tolerancia religiosa¹⁸. Después del primer interregno, aquellos principios fueron incluidos en los *pacta conventa*, constitución polaca que a partir de 1573 fue jurada por los monarcas electos antes de ocupar el trono.

Simultáneamente al principio de la época de elecciones en Polonia, se marcó una atenuación del movimiento reformista que pretendía hacer todos los poderes del Estado más eficaces, garantizando, al mismo tiempo, la posición privilegiada de la nobleza frente a la aristocracia. La tendencia a crear una Iglesia nacional, o por lo menos llegar a un equilibrio entre católicos y protestantes, pertenecía ya al pasado. Por lo tanto, se buscaba un acuerdo: por un lado, como forma de prevenir conflictos religiosos; por el otro, frente a la perspectiva del fortalecimiento del poder monárquico¹⁹. De ahí que en el documento de la Confederación de Varsovia se incluyeran las palabras siguientes:

Por haber la *Rzeczpospolita* nuestra *dissidum visibile in causa religionis christinae*, previniendo que suceda por esta causa entre la gente una sedición perjudicial, lo que podemos claramente ver en otros reinos, prometemos colectivamente *pro nobis et successoribus nostris in perpetuum sub vinculo juramenti, fide, honore et conscientiis nostris*, los que somos *dissidentes de religione*, guardar la paz entre nosotros, y no derramar sangre por ser de otra fe y de distintas iglesias, y no castigar a nadie *confiscacione bonorum, carceribus et exilio*, ni tampoco con la depravación de la honra, y a ninguna autoridad... a tal progreso... no conducir de ninguna manera.

Con razón subraya Konopczynski que, garantizando la paz religiosa, los nobles disidentes tachaban la tolerancia para con los campesinos, ya que de allí en adelante sus dueños disponían de una superioridad «*tam in spiritualibus quam in saecularibus*»²⁰. Cualquiera que fuese la interpretación de estas palabras más tarde, en el momento de aprobar

regii Rerum Polonicarum ab excessu Sigismundi Augusti libri XX, Francofurti ad Menum, 1672, p. 87. Véase SOBIESKI, W., *Trybun ludu szlacheckiego. Studium historyczne*, Warszawa, 1905.

¹⁸ SALMONOWICZ, S., *Konfederacja Warszawska 1573*, Warszawa, 1985.

¹⁹ SUCHENI-GRABOWSKA, A., *Zygmunt August król polski i wielki książę litewski 1520-1562*, Warszawa, 1996.

²⁰ KONOPCZYNSKI, W., *Dzieje Polski nowożytnej*, Londyn, 1958, I, p. 135. Véase SOBIESKI, W., «A nie o wiarę. Spór o konfederację warszawską, 1573 r.» (1928), en SOBIESKI, W., *Trybun ludu szlacheckiego. Pisma historyczne*, Warszawa, 1978, pp. 242 y ss.

el documento, se introducía la hasta entonces rechazada regla *cuius regio eius religio*, desfavorable para la mayoría de los paisanos que seguían siendo católicos.

Como una forma de Estado, la *Rzeczpospolita* funcionaba ya en la primera mitad del siglo XVI, pero simultáneamente pasaba por una transformación radical, ya que por aquel entonces se constituyeron principios de una monarquía electiva y se estableció la unión definitiva entre polacos y lituanos (1569). Demasiado concentrados en la pregunta por el origen de la singularidad de nuestro régimen político, no hemos puesto bastante atención en la relación entre aquella transformación y la ruptura de la Cristiandad. Otra de las causas de esta falta de atención era la consciencia del fracaso del proyecto polaco de régimen, que tomó forma de dos uniones malogradas en Brzesc (1596) y en Hadziacz (1658) ²¹.

El problema radicaba en el hecho de que la comunidad estatal llamada *Rzeczpospolita* era una manifestación de intereses estamentales e intereses particulares a la vez, reunía a la gente consciente de su singularidad, y al mismo tiempo los uniformizaba. Las constituciones que garantizaban la división de tierras eran sólo uno de los factores que sostenían la diversificación nacional de la nobleza. El mismo papel desempeñaba en el siglo XVI el latín como idioma oficial y la mitología que veía el origen de la nobleza en los antiguos sármatas y el de su Estado, en la república romana. El uso generalizado del latín, en particular como un idioma de política, permitió que se conservaran y desarrollaran los idiomas locales propios de varios grupos étnicos. Así pues, el ruteno mantuvo hasta finales del siglo XVII el papel en la administración y en la jurisdicción del Gran Ducado, no solamente en la iglesia ortodoxa. El idioma lituano se defendía más débilmente y, poco a poco, fue marginado como un idioma del pueblo. No obstante, en Prusia se hablaba alemán, y la popularidad del italiano sobrepasaba los límites de los nobles cultos. El hebreo y el armenio estaban también en uso. El florecimiento del idioma polaco en el siglo XVI, indudablemente vinculado con la Reforma, llegó a ser el principio de la polonización de la nobleza ²². Durante el reinado de los dos últimos Jagellones (Segismundo el Viejo, 1506-1548, y Segismundo II Augusto, 1548-1572), la nobleza se aseguró de la originalidad de su origen y de la continuidad de adoptadas formas de la vida pública. En ambos casos, la nobleza se oponía tanto al despotismo zarista como a la autocracia cesárea. Esta nación, de cuyos vicios ya por aquel entonces se hablaba vasta y abiertamente, «se arrodillaba solamente frente a Dios» ²³. No acep-

²¹ KIENIEWICZ, J., «Del Báltico al Índico: las nuevas fronteras hispánicas a finales del siglo XVI», en *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, tomo II.

²² Nicolas Radziwiłł «el Negro» sugiere a su hijo aprender polaco como «idioma innato», JASNOWSKI, J., *Mikołaj Czarny Radziwiłł 1515-1565 kanclerz i marszałek ziemski Wielkiego Księstwa Litewskiego, wojewoda wileński*, Warszawa, 1939, p. 381. Véase BARDACH, J., «Elity Wielkiego Księstwa Litewskiego a polski przekład De Respublica emendanda Andrzeja Frycza Modrzewskiego», en *Kultura Staropolska, kultura europejska. Prace ofiarowane Januszowi Tazbirowi w siedemdziesiątą rocznicę urodzin*, Warszawa, 1997, p. 308.

²³ Andrzej Górka al rey Segismundo Augusto, *Elementa ad Fontium Editiones*, vol. 38, p. 76; vol. 49, p. 192. Compárese SUCHENI-GRABOWSKA, op. cit., p. 191.

taba, por lo tanto, ni la visión de la esclavitud sultana, ni la perspectiva del sometimiento a Roma. La muy viva propensión a novedades religiosas, la popularidad de la idea de un concilio universal, significaba simplemente que la nobleza no aceptaba la posibilidad de que alguien le dictase algo en algún campo. Es verdad que la actividad política de la nobleza, incluso en el periodo de la máxima intensidad del movimiento *executio bonorum et iurium*, no condujo al establecimiento en la *Rzeczpospolita* de un orden que la convertiría en una potencia peligrosa para los países vecinos. Así pues, la perspectiva de la comunidad incluía, como consecuencia de la libertad, un consentimiento para aceptar cualquier diferencia. Al mismo tiempo, se abrió entonces una perspectiva de transformar la comunidad en una nación polaca, la mitología republicana, en la práctica de la oligarquía, y las virtudes civiles, en un anárquico cuestionar del poder estatal. El proyecto europeo se convertía en un proyecto polaco. Cuando el idioma polaco ocupó el lugar del latín, el nombre de Polonus llegó a ser superior a otras distinciones anteriores que ponían de relieve la diferencia en el nacimiento (Ruthenus, Lithuanus). «*Gente Ruthenus, natione Polonus*» fue una expresión que se consideró el símbolo de la *Rzeczpospolita*, pero fue una solución que hizo más difícil el cumplimiento del proyecto que había de conservar la unidad europea y cristiana. Durante mucho tiempo y con obstinación, el fracaso de este proyecto se adscribía al egoísmo de la nobleza, pero el caso es mucho más complicado.

La nobleza no permitió que se estableciera un fuerte poder monárquico, ya que no dio a los monarcas el visto bueno para adherirse a la Reforma, ni les dejó ahogarla. Este hecho no debería sugerir una desviación del régimen. Al contrario, el pronto regreso de la nobleza al seno de la Iglesia católica, antes del fin de siglo, se produjo libremente y no violó el principio de la tolerancia. El acuerdo iba sustituyendo la unidad. Al mismo tiempo, emergía una unidad nueva a través de la extensión del alcance del modelo de vida de los nobles. El problema yacía probablemente en el hecho de que el esfuerzo por conservar «la unidad en la pluralidad» chocó con el proceso de polonización que paso a paso iba limitando la pluralidad cultural, étnica y religiosa de la *Rzeczpospolita*.

No es conveniente que un historiador se queje por el fracaso de un proyecto²⁴. El proyecto de la *Rzeczpospolita* había de responder a la escisión en la Cristiandad con la práctica de la tolerancia y la introducción de una variante del país europeo basado en el principio de la libertad de la nación política. Era natural que tal país rechazara un fuerte poder del monarca. Sin embargo, la lógica del desarrollo cultural resultó en el abandono del concepto de igualdad de multiculturales y multiétnicos elementos de la nación. Nació una comunidad nueva, privada de mecanismos que pudieran fortalecer la diversificación y permitieran concentrar el esfuerzo para afrontar a los adversarios que la rodeaban. En fin, la derrota de la *Rzeczpospolita* dio paso a la decadencia de la práctica de la tolerancia y de la libertad también.

²⁴ Compárese SUKIENICKI, W., «Political consequences of a semantic mistake», en WANDYCZ, D. S. (ed.), *Studies in Polish Civilization. Selected papers presented at the First Congress of the Polish Institute of Arts and Sciences in America* (1996), s. I, s. f., pp. 393-407.

Nuestra tesis consiste en un intento de demostrar que dos grandes Estados, en la primera mitad del siglo XVI, eligieron dos, totalmente distintos, mecanismos de régimen. El hecho de que Polonia y Lituania siguieran en el «bando católico» en la segunda mitad del siglo hizo que se perdiera de vista su manera —totalmente distinta a la de España— de tratar la cuestión de la unidad de fe como un fundamento de la unidad del Estado. Aun así, la república polaco-lituana fue una respuesta a la crisis de la Cristiandad en igual grado que el imperio hispano. Queremos ver hasta qué punto estas propuestas pertenecían al proceso de formarse una Europa moderna.

La estructura de la *Rzeczpospolita* no estaba privada de elementos de un fuerte poder monárquico, ni mucho menos. Casimiro Jagellón (1447-1492) propagó el lema de que *Rex est imperator in regno suo* ²⁵. Al mismo tiempo, los estatutos (1432) dictaron la regla de *Neminem captivabimus nisi iure victum*, reforzada en 1505 por la ley *Nihil novi constitui debeat por nos sine communi consensu conciliariorum et nuntiorum terrestrium*. Las ideas de reforma de la Iglesia coincidieron en Polonia con la rivalidad entre el Senado y la Cámara de los Diputados por tener el voto decisivo en el timón del gobierno. Sin embargo, el monarca no pudo imponer su autoridad, ni en cuestiones religiosas, ni en cuestiones de Estado. Se vio obligado a negociar.

En los países que rodeaban Polonia florecía entonces el principio del poder absoluto del monarca, al cual la *Rzeczpospolita* opuso el principio de la libertad ilimitada de la nobleza. Parece muy importante el hecho de que el sistema constitucional polaco se apoyaba en el principio de respeto de los derechos humanos y en la convicción de la necesidad de participar en la vida pública ²⁶. Desde el siglo XIV, las soluciones jurídicas venían acompañadas por una comprensión y aceptación del pueblo, adelantando a su época en no pocos puntos. Ya en el siglo XV, Stanislaus de Scarbimiria propagó en Cracovia unas tesis de guerra justa (*De bellis iustis*, 1410), y poco después Paulus Vladimiri, junto con Mikolaj Traba, defendió durante el concilio en Constancia el principio de la libertad en la obra de evangelización de los paganos y el derecho de las naciones a la autodeterminación. Ya en el año 1475, Jan Ostroróg formuló la noción de la soberanía del Estado, en 1548 Jakub Przeluski se expresó sobre la necesidad de respetar los tratados hechos entre enemigos, en 1558 Jan Tarnowski condenó la agresión en relaciones entre Estados. Así pues, la *Rzeczpospolita* con razón podía considerarse un país que «se funda sobre la Dieta» ²⁷. En la muy bien conocida disertación «Sobre el senador perfecto» (1568), Wawrzyniec Goslicki subrayó que una de las cosas características para la monarquía polaca era la dependencia mutua de los Estados y el apego

²⁵ KALLAS, M., *Historia ustroju Polski X-XX w.*, Warszawa, 1996, p. 87.

²⁶ WAGNER, W. J., «Justice for All: Polish Democracy», en *The Polish Renaissance in its European Context*, Bloomington, 1988, p. 133.

²⁷ WYCZANSKI, A., *Początki sejmów polskiego*, Warszawa, 1993.

al Derecho²⁸. En la Edad de Oro, tales afirmaciones permitieron formular una opinión de que *Polonia no se funda sobre el gobierno, sino sobre el Derecho*. En este mismo tiempo, en Polonia empezó a hablarse de la acracia como un principio del gobierno no opresivo, un principio que ponía la libertad antes del poder²⁹. Una interpretación posterior adscribió a este concepto un sentido paradójicamente opuesto, pues definió a Polonia como una país de acracia, es decir, anarquía. La historia da la leyenda negra polaca es un aspecto más, hasta hoy día poco analizado, de las interpretaciones paralelo-comparativas de la historia de Polonia y España.

El sistema político de la *Rzeczpospolita* era llamado *monarchia mixta*, pero más acertada parece la expresión «Estado del Acuerdo»³⁰, ya que la Dieta, compuesta por tres Estados: diputados elegidos por el pueblo (la nobleza), senadores nombrados (aristocracia) y el rey, había de llevar a un acuerdo en todas las cuestiones que se incluían en sus competencias. De ahí que, según la tradición política, la discordia, divisiones y diferencias se considerasen un peligro grande para el país³¹. Sobre esta cuestión, las opiniones de estadistas polacos no se diferenciaban de juicios de autores como Juan Luis Vives³². A pesar de esta convicción, tan fuertemente enraizada, se aceptaban diferencias de religión. Evidentemente, se opinaba que una «diferencia en la fe» podía conciliarse con el requisito superior del acuerdo de todos los Estados.

Entre la nobleza polaca, la Reforma luterana, calvinista, y también en formas radicales de anabaptismo o arrianismo, se divulgaba en particular en el período de rivalidad por la dominación en el país. El regreso al catolicismo comenzó ya en la primera mitad del siglo XVI, cuando la adopción de resoluciones tridentinas y la reforma de la Iglesia coincidieron con el establecimiento de la superioridad de la Dieta sobre el rey y el Senado. Aunque se llamó la atención al peligro de diferencias de opiniones y a malas secuelas de la ruptura de la unidad de la Iglesia, en Polonia no se cumplían los edictos del rey en contra de los heterodoxos, y el lema de un concilio nacional se evocaba sólo interesadamente. Es verdad que el representante más célebre del pensamiento polí-

²⁸ «Itaque apud eos leges plurimum valent, pro hisque custodiendis, servandis, retinendis, se religione iusiurandi obstringunt, adeo ut nefas et impium existiment, aliquid contra leges moliri... Itaque populus hic liber est; eamque veram libertatem esse putat, secundum leges vivere, nihil contra eas, et fecere et cogitare», GOSLICKI, L. G., *De optimo senatore libri duo. In quibus magistratuum officia, civium vita beata, rerumpublicarum foelicitas explicantur* (MDLXVIII), KOROLKO, M. (ed.), Kraków, 2000, p. 100.

²⁹ Mientras que observadores exteriores se expresaban sobre un incumplimiento y una falta de respeto a las leyes, no conocida en otros países, RUGGIERI, J., *Relacja dla Piusa V, 1568, Relacye...* op. cit., p. 188.

³⁰ Una cuestión analizada más extensamente por EKES, J., *Złota demokracja*, Warszawa, 1987, pp. 123 y ss. Compárese SUCHENI-GRABOWSKA, A., «Przeobrażenia ustrojowe od Kazimierza Wielkiego do Henryka Walezego», en *Tradycje polityczne dawnej Polski*, Warszawa, s. f., pp. 16-74.

³¹ «Polonorum monarchia, ex tribus reipublicae formis est constituta, ex rege, optimatibus et populo. Populi vero nomine, ipsi tantum nobiles vel equites comprehenduntur», GOSLICKI, op. cit., p. 98. Compárese KIENIEWICZ, L., *Senat za Stefana Batorego*, Warszawa, 2000, p. 8.

³² Al papa Adriano VI, sobre las perturbaciones de Europa (Lovaina, 12 de octubre de 1522), en VIVES, J. L., *De Europae dissidis et republica*, Valencia, 1992, p. 13. Compárese TWARDOWSKI, J., *Jan Ludwik Vives i Andrzej Frycz Modrzewski*, Kraków, 1921.

tico polaco, Andrzej Frycz Modrzewski, fue convencido de la necesidad de «eliminar la malicia», es decir, la división en la comunidad de fieles. Lo que, sin embargo, iba a ser conseguido sin la violencia, de acuerdo con el Evangelio. Frycz, sin pronunciarse en favor del papa o del emperador, reclamaba un concilio universal en el que participasen todos los bandos. Él tuvo una visión del concilio parecido a la Dieta, donde «cada uno podría libremente decir lo que le pareciese útil para la *Rzeczpospolita*»³³. En este caso, es importante hacer hincapié en el hecho de que para el estadista polaco, la Iglesia universal no se limitaba sólo a la Iglesia romana o las Iglesias bien conocidas en Polonia: la rusa o la armenia, sino que abarcaba también la Iglesia griega y etíope, o la Iglesia asiática del Presbítero Juan. El concepto del acuerdo parece más importante que la idea de un solo rebaño, ya que Frycz escribe:

No sería nada inconveniente para nuestra Iglesia romana el esforzarse para conciliar e introducir en el rebaño común a los, *con los cuales estamos de acuerdo en cuestiones que tratan de nuestra Rzeczpospolita*, y con los cuales obedecemos juntos a un monarca (cursiva por J. K.)³⁴.

Así pues, el ideal de la unidad cristiana admitía la pluralidad natural de tradiciones eclesiásticas, pero iba a ser conseguido gracias al Acuerdo, o sea un principio enteramente político. Desde esta perspectiva, la *Rzeczpospolita* se diferenciaba esencialmente de la República veneciana, con la cual ha sido y sigue siendo frecuentemente comparada³⁵.

Para comprender la práctica de la *Rzeczpospolita*, será también importante poner la atención en el modo en que, desde el siglo XIV hasta el siglo XVI, el país se desarrolló territorialmente. No fue una conquista militar ni dinástica. Este contexto es esencial para poder entender el lugar de la *Rzeczpospolita* en la política europea. El imperio de Carlos V intentó encontrar una solución al dilema de cómo sustituir lo cristiano por lo europeo. El reinado en Italia seguía concentrando más atención, el peligro turco no constituía una motivación unificadora. Los intereses de ambas potencias eran difíciles de conciliar. La Europa política se limitaba a un juego de intereses, a una construcción de «bloques y contrabloques»³⁶ que pusiesen en jaque a los rivales. En esa partida, Polonia y Lituania no eran ni un rival ni un aliado, el Emperador veía en la *Rzeczpospolita*

³³ «Amplius sunt triginta anni, cum dogmata ecclesiae in dubium uerti coeperunt; ab eo tempore scribendi et rescribendi modus fuit nullus. Quis igitur finem praestituere debuit istis rebus? Quis, nisi consensus et conspiratio orbis Christiani ac ecclesia rite congregata, in qua suus esset cuique locus libere dicendi, quod e republica uideretur?», ANDREAE FRICII MODREVII, *Commentariorum de Republica emendanda libri quinque*, KUMARNIECKI, K. (ed.), Warszawa, 1953, *Liber de ecclesia*, c. I, pp. 300-301.

³⁴ «Non igitur res indigna nostris Latinorum ecclesiis esset, si cum quibus de republica consentimus, uni monarchae paremus, cum eisdem consensionem facere ac eos in unum nobiscum ouile reducere tentaremus», *De Republica emendanda, ibidem*, c. II, p. 303.

³⁵ Compárese la relación de RUGGERI, J., *op. cit.*, p. 172.

³⁶ RUIZ MARTÍN, F., «La etapa marítima de las guerras de religión. Bloqueos y contrabloqueos», *Estudios de Historia Moderna*, 1954, III, pp. 183-214.

un posible elemento de licitación. Para la *Rzeczpospolita*, el emperador y el rey de los romanos representaban no solamente el interés dinástico de los Habsburgos. La *Rzeczpospolita* parecía no dar importancia a los juegos del trono, si bien rechazaría consecuentemente las candidaturas austríacas. Así pues, el imperio romano de Carlos V no llegó a convertirse en su socio político como la Viena de Fernando, el Moscú de Iván III y el Estambul de Solimán. Pero, estos socios-vecinos jugaban un juego distinto que los estadistas de Cracovia y Vilna. En su partida, lo que se jugaba era la hegemonía territorial, mientras que para la *Rzeczpospolita* —lo que podemos apreciar desde la perspectiva contemporánea— lo más importante era crear una propuesta de modelo, o sea, una propuesta que vengo denominando el futuro de Europa en el este. ¿Por qué no se podía cooperar en ello con el Emperador?

El imperio de Carlos estaba dividido entre el concepto del Estado medieval, en el cual una comunidad religiosa se expresaba a través de la subordinación al poder, y la idea renacentista que vinculaba el poder con la superioridad de una civilización. En Europa, sin embargo, lo que triunfará será el lema de Maquiavelo, en el cual la libertad tendrá que ceder en favor del miedo. Por lo tanto, los esfuerzos de Carlos no fueron más que seguir una utopía. ¿Así que no existía un plano de cooperación entre la *Rzeczpospolita* y el imperio hispano? ¿Es que la necesidad de la unidad religiosa —una necesidad fundamental para España— implicó la intolerancia? ¿Y no fue así que aquella necesidad más bien llegó a ser un instrumento del poder cuya aspiración era mantener la fuerza del país que luchaba por la hegemonía?³⁷

Investigaciones más recientes han demostrado cuán lento y difícil fue, durante los reinados de Felipe II y III, el camino de la idea de una alianza con la *Rzeczpospolita*³⁸.

Nos hemos dado también cuenta cuán ajena fue aquella idea a lo que se imaginaba la nobleza polaca. Sin embargo, no puedo resistir la impresión de que ambos países buscaban una solución al problema que surgió, para cada uno por razones distintas, al quebrantarse la comunidad del cristianismo romano. La diferencia de sus respuestas sugiere que existan varias y diversificadas soluciones a la cuestión de los fundamentos en la comunidad de civilización que es llamada Europa. El esfuerzo de Polonia y España no se encaminó, sin embargo, hacia el objetivo de poder «mantenerse en las estructuras europeas», ni mucho menos. Ambos países demostraron una habilidad para presentar «propuestas para Europa» muy originales. El fracaso de estas propuestas hay que tratarlo como un fenómeno pasajero. En ningún caso deberíamos identificarlo con una tendencia externa a excluirlos del núcleo europeo.

³⁷ Cfr. CONTRERAS, J., «Inquisición: ¿Áuge o crisis? Realmente “otra” Inquisición», en *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, tomo II, *La Monarquía. Recursos, organización y estrategias*, Madrid, 1998, p. 158, *passim*.

³⁸ SKOWRON, R., *Hiszpania wobec Polski w okresie wojny trzydziestoletniej*, Kraków, 2000.